

EL CORONAVIRUS

Nunca pensé que esta pandemia pudiera tener cosas positivas. Con su desolación nos dimos cuenta que todos éramos vulnerables. Y eso nos hizo ser más familia, más humanos, ser más cercanos con aquel vecino que nunca hablábamos, jugar aquellos juegos que estaban olvidados, disfrutar desayunando juntos, etc.

También recuperamos amigos que estaban desconectados e incluso fue una forma de conocer a la gente mucho más de cerca, una forma de expresar nuestras inquietudes y de tener siempre una opción para animar al prójimo. A veces contarles nuestros problemas para ver si nos pueden ayudar a encontrar alguna solución. De este modo alejábamos aburrimiento de nuestra vida.

Encontrar una tarea diaria era necesario para contribuir en la erradicación de esta pandemia de una manera u otra. Todo esto ennobleció nuestro corazón, nos dio fuerza para luchar contra su propagación y encontramos cómo protegernos ya que cuando apareció no estábamos preparados para ello. Por eso, al pillarnos desprevenidos causó tantas pérdidas humanas y además una crisis política, económica, social que nos costará años superar.

Al menos tanta miseria me ha hecho crecer interiormente ayudando al prójimo sólo porque tuve el mejor motor para hacerlo: mí madre. Ella, al carecer de protección contra el virus en su residencia me hizo meterme en una experiencia reconfortadora. Por esta experiencia y vivencia interior comencé a hacer mascarillas, batas, pantallas, calzas y a distribuirlas por residencias, hospitales y a mis vecinos.

Así pues, todo esto me ha hecho darme cuenta de que lo que más cuenta en la vida son las cosas pequeñas (detalles) y vivir el día a día como si fuera el primero y último día de nuestra existencia.

Suxa